

H. P. Lovecraft

# El clérigo malvado y otros relatos

Traducción de Francisco Torres Oliver



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: Selección extraída de *Dagon and Other Macabre Tales*. Publicado por acuerdo con Scott Meredith Literary Agency, Inc.,  
Traducción de Francisco Torres Oliver

Primera edición: 1983  
Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1965, by August Derleth  
© 1939, 1943, by August Derleth and Donald Wandrei  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1983, 2016  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-210-5  
Depósito legal: M. 30.999-2015  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 El clérigo malvado
- 16 Encerrado con los faraones
- 60 Él
- 77 El horror de Red Hook
- 112 La extraña casa de la niebla
- 127 En los muros de Eryx
  
- Cuentos primerizos
- 175 La bestia de la gruta
- 184 El alquimista
- 198 La poesía y los dioses
- 209 La Calle
- 218 La transición de Juan Romero
  
- Cuatro fragmentos
- 231 Azathoth
- 233 El descendiente
- 239 El libro
- 244 El ser bajo la luz de la luna



## El clérigo malvado\*

Un hombre grave que parecía inteligente, con ropa discreta y barba gris, me hizo pasar a la habitación del ático, y me habló en estos términos:

–Sí, aquí vivió *él...*, pero le aconsejo que no toque nada. Su curiosidad le vuelve irresponsable. *Nosotros* jamás subimos aquí de noche; y si lo conservamos todo tal como está, es sólo por su testamento. Ya sabe lo que hizo. Esa abominable sociedad se hizo cargo de todo al final, y no sabemos dónde está enterrado. Ni la ley ni nada lograron llegar hasta esa sociedad.

»Espero que no se quede aquí hasta el anochecer. Le ruego que no toque lo que hay en la mesa, eso que parece una caja de fósforos. No sabemos qué es, pero sospechamos que tiene que ver con lo que hizo. Incluso evitamos mirarlo demasiado fijamente.

\* *The Evil Clergyman.*

Poco después, el hombre me dejó solo en la habitación del ático. Estaba muy sucia, polvorienta y primitivamente amueblada, pero tenía una elegancia que indicaba que no era el tugurio de un plebeyo. Había estantes repletos de libros clásicos y de teología, y otra librería con tratados de magia: de Paracelso, Alberto Magno, Trithemius, Hermes Trimegistos, Borellus y demás, en extraños caracteres cuyos títulos no fui capaz de descifrar. Los muebles eran muy sencillos. Había una puerta, pero daba acceso tan sólo a un armario empotrado. La única salida era la abertura del suelo, hasta la que llegaba la escalera tosca y empinada. Las ventanas eran de ojo de buey, y las vigas de negro roble revelaban una increíble antigüedad. Evidentemente, esta casa pertenecía a la vieja Europa. Me parecía saber dónde me encontraba, aunque no puedo recordar lo que entonces sabía. Desde luego, la ciudad no era Londres. Mi impresión es que se trataba de un pequeño puerto de mar.

El objeto de la mesa me fascinó totalmente. Creo que sabía manejarlo, porque saqué una linterna eléctrica –o algo que parecía una linterna– del bolsillo, y comprobé nervioso sus destellos. La luz no era blanca, sino violeta, y el haz que proyectaba era menos un rayo de luz que una especie de bombardeo radiactivo. Recuerdo que yo no la consideraba una linterna corriente: en efecto, llevaba una normal en otro bolsillo.

Estaba oscureciendo, y los antiguos tejados y chimeneas, afuera, parecían muy extraños tras los cristales de las ventanas de ojo de buey. Finalmente, haciendo acopio de valor, apoyé en mi libro el pequeño objeto de la mesa y enfoqué hacia él los rayos de la peculiar luz viole-

ta. La luz pareció asemejarse aún más a una lluvia o granizo de minúsculas partículas violeta que a un haz continuo de luz. Al chocar dichas partículas con la vítrea superficie del extraño objeto parecieron producir una crepitación, como el chisporroteo de un tubo vacío al ser atravesado por una lluvia de chispas. La oscura superficie adquirió una incandescencia rojiza, y una forma vaga y blancuzca pareció tomar forma en su centro. Entonces me di cuenta de que no estaba solo en la habitación... y me guardé el proyector de rayos en el bolsillo.

Pero el recién llegado no habló, ni oí ningún ruido durante los momentos que siguieron. Todo era una vaga pantomima como vista desde inmensa distancia, a través de una neblina... Aunque, por otra parte, el recién llegado y todos los que fueron viniendo a continuación aparecían grandes y próximos, como si estuviesen a la vez lejos y cerca, obedeciendo a alguna geometría anormal.

El recién llegado era un hombre flaco y moreno, de estatura media, vestido con el traje clerical de la Iglesia anglicana. Aparentaba unos treinta años y tenía la tez cetrina, olivácea, y un rostro agradable, pero su frente era anormalmente alta. Su cabello negro estaba bien cortado y pulcramente peinado y su cara afeitada, si bien le azuleaba el mentón debido al pelo crecido. Usaba gafas sin montura, con aros de acero. Su figura, y las facciones de la mitad inferior de la cara, eran como las de los clérigos que yo había visto, pero su frente era asombrosamente alta, y tenía una expresión más hosca e inteligente, a la vez que más sutil y secretamente *perversa*. En ese momento –acababa de encender una débil lámpara de aceite– parecía nervioso; y antes de que yo me diese cuenta

había empezado a arrojar los libros de magia a una chimenea que había junto a una ventana de la habitación (donde la pared se inclinaba pronunciadamente), en la que no había reparado yo hasta entonces. Las llamas consumían los volúmenes con avidez, saltando en extraños colores y despidiendo un olor indeciblemente nauseabundo mientras las páginas de misteriosos jeroglíficos y las carcomidas encuadernaciones eran devoradas por el elemento devastador. De repente, observé que había otras personas en la estancia: hombres con aspecto grave, vestidos de clérigo, entre los que había uno que llevaba corbatín y calzones de obispo. Aunque no conseguía oír nada, me di cuenta de que estaban comunicando una decisión de enorme trascendencia al primero de los llegados. Parecía que le odiaban y le temían al mismo tiempo, y que tales sentimientos eran recíprocos. Su rostro mantenía una expresión severa; pero observé que, al tratar de agarrar el respaldo de una silla, le temblaba la mano derecha. El obispo le señaló la estantería vacía y la chimenea (donde las llamas se habían apagado en medio de un montón de residuos carbonizados e informes), preso al parecer de especial disgusto. El primero de los recién llegados esbozó entonces una sonrisa forzada, y extendió la mano izquierda hacia el pequeño objeto de la mesa. Todos parecieron sobresaltarse. El cortejo de clérigos comenzó a desfilar por la empinada escalera, a través de la trampa del suelo, al tiempo que se volvían y hacían gestos amenazadores al desaparecer. El obispo fue el último en abandonar la habitación.

El que había llegado primero fue a un armario del fondo y sacó un rollo de cuerda. Subió a una silla, ató un ex-

tremo a un gancho que colgaba de la gran viga central de negro roble y empezó a hacer un nudo corredizo en el otro extremo. Comprendiendo que se iba a ahorcar, corrí con idea de disuadirle o salvarle. Entonces me vio, suspendió los preparativos y miró con una especie de *triumfo* que me desconcertó y me llenó de inquietud. Descendió lentamente de la silla y empezó a avanzar hacia mí con una sonrisa claramente lobuna en su rostro oscuro de delgados labios.

Sentí que me encontraba en un peligro mortal y saqué el extraño proyector de rayos como arma de defensa. No sé por qué, pensaba que me sería de ayuda. Se lo enfoqué de lleno a la cara y vi inflamarse sus facciones cetrias, con una luz violeta primero y luego rosada. Su expresión de exultación lobuna empezó a dejar paso a otra de profundo temor, aunque no llegó a borrarse enteramente. Se detuvo en seco; y agitando los brazos violentamente en el aire, empezó a retroceder tambaleante. Vi que se acercaba a la abertura del suelo y grité para prevenirle; pero no me oyó. Un instante después, trastabilló hacia atrás, cayó por la abertura y desapareció de mi vista.

Me costó avanzar hasta la trampilla de la escalera, pero al llegar descubrí que no había ningún cuerpo aplastado en el piso de abajo. En vez de eso, me llegó el rumor de gentes que subían con linternas; se había roto el momento de silencio fantasmal y otra vez oía ruidos y veía figuras normalmente tridimensionales. Era evidente que algo había atraído a la multitud a este lugar. ¿Se había producido algún ruido que yo no había oído? A continuación, los dos hombres (simples vecinos del pueblo, al parecer) que iban a la cabeza me vieron de lejos, y se

quedaron paralizados. Uno de ellos gritó de forma atonadora:

–¡Ahhh!... ¿Conque eres tú? ¿Otra vez?

Entonces dieron media vuelta y huyeron frenéticamente. Todos menos uno. Cuando la multitud hubo desaparecido, vi al hombre grave de barba gris que me había traído a este lugar, de pie, solo, con una linterna. Me miraba boquiabierto, fascinado, pero no con temor. Luego empezó a subir la escalera, y se reunió conmigo en el ático. Dijo:

–¡Así que *no* ha dejado eso en paz! Lo siento. Sé lo que ha pasado. Ya ocurrió en otra ocasión, pero el hombre se asustó y se pegó un tiro. No debía haberle hecho volver. Usted sabe qué es lo que *él* quiere. Pero no debe asustarse como se asustó el otro. Le ha sucedido algo muy extraño y terrible, aunque no hasta el extremo de dañarle la mente y la personalidad. Si conserva la sangre fría, y acepta la necesidad de efectuar ciertos reajustes radicales en su vida, podrá seguir gozando de la existencia y de los frutos de su saber. Pero no puede vivir aquí, y no creo que desee regresar a Londres. Mi consejo es que se vaya a América.

»No debe volver a tocar ese... objeto. Ahora, ya nada puede ser como antes. El hacer –o invocar– cualquier cosa no serviría sino para empeorar la situación. No ha salido usted tan mal parado como habría podido ocurrir..., pero tiene que marcharse de aquí inmediatamente, y establecerse en otra parte. Puede dar gracias al cielo de que no haya sido más grave.

»Se lo explicaré con la mayor franqueza posible. Se ha operado cierto cambio en... su aspecto personal. Es algo

que *él* siempre provoca. Pero en un país nuevo, usted puede acostumbrarse a ese cambio. Allí, en el otro extremo de la habitación, hay un espejo; se lo traeré. Va a sufrir una fuerte impresión..., aunque no será nada repulsivo.

Me eché a temblar, dominado por un miedo mortal; el hombre barbado casi tuvo que sostenerme mientras me acompañaba hasta el espejo, con la débil lámpara (es decir, la que antes estaba sobre la mesa, no el farol, más débil aún, que él había traído) en la mano. Y lo que vi en el espejo fue esto:

Un hombre flaco y moreno, de estatura media, y vestido con el traje clerical de la Iglesia anglicana, de unos treinta años, y con unos lentes sin montura y aros de acero, cuyos cristales brillaban bajo su frente cetrina, olivácea, anormalmente alta.

Era el individuo silencioso que había llegado el primero y había quemado los libros.

¡Durante el resto de mi vida, físicamente, yo iba a ser ese hombre!

# Encerrado con los faraones\*

## 1

El misterio atrae al misterio. Desde que mi nombre se ha difundido ampliamente unido a la ejecución de proezas inexplicables, me he tropezado con relatos y sucesos extraños que, dada mi profesión, la gente ha relacionado con mis intereses y actividades. Unos han sido triviales e irrelevantes; otros, profundamente dramáticos y absorbentes; otros han dado lugar a horribles y peligrosas experiencias; otros, en fin, me han involucrado en extensas

\* *Imprisoned with the Pharaons*. Este relato lo escribió H. P. Lovecraft por encargo de Harry Houdini (1874-1926), cuyo verdadero nombre era Erich Weiss, de Appleton, Wisconsin, y tomó su nombre artístico del gran ilusionista francés Jean Eugène Robert-Houdin (1805-1871). Durante muchos años fue escapista sin par y famoso por sus denuncias de los fraudes espiritistas. El relato apareció por primera vez en *Weird Tales* en mayo de 1924, y fue reeditado posteriormente en el número de julio de 1939.

investigaciones científicas e históricas. He hablado y seguiré hablando sin reparo de muchos de estos casos. Pero hay uno que no puedo contar sino con gran renuencia, y sólo tras repetida insistencia por parte de los editores de esta revista, quienes han oído vagos rumores sobre él por boca de varios miembros de mi familia.

El tema sobre el que he guardado silencio hasta ahora se relaciona con una visita no profesional que hice a Egipto hace catorce años, y si lo he rehuído ha sido por diversos motivos. En primer lugar, soy contrario a explorar determinados hechos inequívocamente reales, desconocidos para los miles de turistas que se aglomeran alrededor de las pirámides, y que las autoridades de El Cairo ocultan con mucha diligencia, al parecer, ya que no es posible que los ignoren por completo. En segundo lugar, me disgusta tener que recordar un incidente en el que mi fantástica imaginación debió de desempeñar un importante papel. Lo que vi —o creí ver— no ocurrió, evidentemente, sino que debe considerarse más bien efecto de mis lecturas sobre egiptología, entonces recientes, y de las lucubraciones sobre dicho tema que mi entorno propició de manera natural. Tales estímulos imaginativos, aumentados por la emoción de un acontecimiento real bastante terrible en sí mismo, provocaron sin duda el horror culminante de esa noche malhadada, tan lejana ya.

En enero de 1910 había cumplido un compromiso profesional en Inglaterra y había firmado un contrato para hacer una gira por unos teatros de Australia. Se me había concedido un amplio margen de tiempo para efectuar el viaje, y decidí aprovecharlo al máximo con el recorrido que más me interesaba; así que, acompañado de

mi esposa, atravesé el Continente en dirección sur y embarqué en Marsella, en el vapor *P. & O. Malwa*, rumbo a Port Said. Partiendo de allí, me proponía visitar los principales lugares históricos del Bajo Egipto, antes de salir definitivamente para Australia.

El viaje fue agradable, y estuvo animado por los múltiples y divertidos incidentes que le suceden a un ilusionista fuera de su trabajo. Me había propuesto ir de incógnito, a fin de viajar tranquilo; pero me sentí impulsado a darme a conocer a causa de un colega, cuyos deseos de asombrar a los pasajeros con trucos sencillos me incitaron a duplicar y superar sus proezas de una forma que destruyó por completo mi anonimato. Cito este detalle por su consecuencia final —consecuencia que debí haber previsto antes de revelar mi identidad al cargamento de turistas que estaba a punto de desparramarse por todo el valle del Nilo—. Aquello significó pregonar mi identidad allá por donde iba, privándonos a mí esposa y a mí del apacible anonimato del que habíamos pretendido gozar. ¡En un viaje en pos de curiosidades, me vi obligado a soportar a menudo que me examinasen también como una especie de curiosidad!

Íbamos a Egipto en busca de lo pintoresco y lo místicamente impresionante, pero encontramos pocas cosas de esta naturaleza cuando el barco atracó en Port Said y descargó su pasaje en los botes. Las dunas bajas de arena, las boyas oscilantes en los bajíos y un aburrido pueblecito europeo sin nada de interés, salvo la gran estatua del gran De Lesseps, despertaron nuestra impaciencia por ver algo que valiese más la pena. Tras algunas deliberaciones, decidimos ir a El Cairo y a las pirámides, y lue-

go dirigirnos a Alejandría para coger el barco con destino a Australia, visitando antes los monumentos grecorromanos que la antigua metrópoli pudiese ofrecer.

El viaje en tren fue bastante soportable, y duró sólo cuatro horas y media. Vimos gran parte del canal de Suez, que seguimos hasta Ismailía, y más tarde pudimos saborear un poco del Antiguo Egipto, al vislumbrar el canal de agua dulce restaurado del Imperio Medio. Luego, finalmente, vimos El Cairo brillando en la creciente oscuridad, como una constelación parpadeante que se convirtió en resplandor cuando nos detuvimos en la gran *Gare Centrale*.

Pero otra vez nos esperaba el desencanto, ya que todo lo que vimos era europeo, salvo las indumentarias y las multitudes. Un prosaico paso subterráneo nos condujo a una plaza rebosante de carruajes, coches de alquiler, tranvías, y deslumbrantes luces eléctricas que brillaban en los altos edificios, en tanto que el mismo teatro en el que en vano me pidieron que actuase –y al que más tarde fui como espectador– había sido rebautizado poco antes con el nombre de «El Cosmógrafo Americano». Nos alojamos en el Shepherd's Hotel, al que llegamos en un taxi que recorrió veloz las calles anchas y elegantes; y en medio del servicio perfecto de su restaurante, ascensores y lujos generalmente angloamericanos, el Oriente misterioso y el pasado inmemorial parecían lejanísimos.

El día siguiente, no obstante, nos sumergió deliciosamente en una atmósfera de *Las Mil y Una noches*, y el Bagdad de Harun-al-Rashid pareció revivir en las tortuosas callejas y el exótico horizonte de El Cairo. Guiados por nuestro *Baedeker*, nos dirigimos hacia el este, pa-

sando por los Jardines Ezbekiyeh, recorrimos el Mouski en busca del barrio nativo, y no tardamos en caer en manos de un cicerone vociferante que –pese a los incidentes que ocurrieron después– era, ciertamente, maestro en su oficio.

No me di cuenta hasta después de que debía haber solicitado en el hotel un guía autorizado. Ese hombre, un tipo afeitado, de voz extrañamente cavernosa y relativamente limpio, con aspecto de faraón, y que decía llamarse Abdul Reis el Drogman, parecía tener gran autoridad sobre los de su clase; sin embargo, más tarde, la policía manifestó no conocerle, afirmando que *reis* es meramente un título que se emplea para designar a cualquier persona con autoridad, mientras que *Drogman* no es, evidentemente, sino una torpe modificación de *dragoman*, palabra que significa guía de grupos turísticos.

Abdul nos condujo por entre maravillas hasta entonces sólo vislumbradas en lecturas y sueños. La vieja ciudad de El Cairo es en sí misma un libro de cuentos y un ensueño: laberintos de estrechos callejones impregnados de aromáticos secretos; balcones de arabescos y miradores que casi se tocan por encima de las calles empedradas; torbellinos de tráfico oriental en medio de gritos extraños, restallar de látigos, traqueteos de carros, tintineos de monedas y rebuznos de asnos; un calidoscopio de ropas, velos, turbantes y facés multicolores; aguadores y derviches, perros y gatos, adivinos y barberos; y, por encima de todo, el gimoteo de los mendigos agazapados en los rincones y el sonoro cántico de los muecines desde sus minaretes delicadamente recortados sobre el cielo de un azul intenso e inalterable.

Los bazares, techados y más tranquilos, eran igualmente seductores. Especias, perfumes, bolas de incienso, alfombras y cobres: el viejo Mahmud Suleimán permanecía sentado con las piernas cruzadas en medio de sus botellas pegajosas mientras unos jóvenes charlatanes molían mostaza en el capitel ahuecado de una antigua columna clásica, corintia, quizá de la vecina Heliópolis, donde Augusto acantonó una de sus tres legiones egipcias. La antigüedad empezaba a mezclarse con el exotismo. A continuación vimos todas las mezquitas y museos, y procuramos que nuestra orgía árabe no sucumbiera al encanto más oscuro del Egipto faraónico que nos ofrecían los tesoros inapreciables de los museos. Éste debía ser nuestro clímax; así que, de momento, nos concentramos en las glorias sarracenas medievales de los califas cuyas magníficas tumbas-mezquitas forman deslumbrantes y prodigiosas necrópolis en el borde del desierto árabe.

Finalmente, Abdul nos llevó por la Sharia Mohamed Alí a la antigua mezquita del sultán Hassan, y a la de Babel-Azab, flanqueada por torres, más allá de la cual el pasaje de empinadas paredes asciende hasta la poderosa ciudadela que el propio Saladino hizo construir con piedras de olvidadas pirámides. Atardecía ya cuando escalamos ese peñasco, dimos una vuelta alrededor de la moderna mezquita de Mohamed Alí, y nos asomamos al vertiginoso antepecho, por encima de El Cairo místico..., místico y todo dorado, con sus cúpulas labradas, sus etéreos minaretes y sus jardines resplandecientes.

Muy por encima de la ciudad se alzaba la gran cúpula romana de un nuevo museo; y más allá —al otro lado del Nilo enigmático y amarillo, padre de dinastías milena-

rias— acechaban las amenazadoras arenas del desierto de Libia, onduladas, iridiscentes, perversas, llenas de arcaños aún más antiguos.

El rojo sol se hundía, trayendo el frío implacable de la noche egipcia; y mientras permanecía en equilibrio en el borde del mundo como un dios antiguo de Heliópolis—Ra-Harakhte, el Sol del Horizonte—, vimos recortarse contra su holocausto bermellón las negras siluetas de las pirámides de Gizeh, las tumbas paleógenas veneradas mil años antes, cuando Tut-Ankh-Amon subió al trono en la lejana Tebas. Comprendimos entonces que habíamos terminado con El Cairo sarraceno, y que debíamos saborear los misterios más profundos del Egipto primordial: la negra Kem de Ra, Amón, Isis y Osiris.

A la mañana siguiente fuimos a visitar las pirámides; recorrimos en un coche Victoria la isla de Chizereh con sus imponentes árboles *lebbakh*, cruzamos el pequeño puente inglés y pasamos a la margen occidental. Seguimos por la carretera de la orilla, entre grandes hileras de árboles *lebbakh*, y pasamos el parque zoológico hasta llegar al suburbio de Gizeh, donde después han construido un nuevo puente que lleva a El Cairo. Luego, dirigiéndonos hacia el interior por el Sharia-el-Haram, cruzamos una región de canales de inmóvil superficie y míseros poblados nativos, hasta que surgieron ante nosotros los objetos de nuestro viaje, hendiendo las brumas del amanecer y creando réplicas invertidas en las charcas que había junto a la carretera. En efecto, como dijo allí Napoleón a sus soldados, cuarenta siglos nos contemplaban.

La carretera ascendía ahora bruscamente, hasta que por último llegamos al lugar de transbordo entre la esta-

ción del tranvía y el Hotel Mena House. Abdul Reis, que efectivamente nos había sacado entradas para visitar las pirámides, parecía entenderse muy bien con los bulliciosos, vociferantes y mugrientos beduinos que habitaban en un sórdido poblado de barro, a cierta distancia, y se dedicaban a asaltar fastidiosamente a los viajeros, porque supo tenerlos decorosamente a raya y nos consiguió un excelente par de camellos, montando él en un asno y asignando la conducción de nuestros animales a un grupo de hombres y chicos que nos resultaron más caros que útiles. El trayecto que debíamos recorrer era tan pequeño que casi no eran necesarios los camellos; pero no lamentamos añadir a nuestra experiencia esa molesta forma de navegación por el desierto.

Las pirámides se elevan sobre una meseta rocosa, y constituyen casi el más septentrional de los cementerios reales construidos en la vecindad de la desaparecida ciudad de Menfis, enclavada en la misma margen del Nilo, algo al sur de Gizeh, y que floreció entre los años 3400 y 2000 a. C. La mayor de las pirámides, que es la más próxima a la carretera, fue construida por el rey de Egipto Keops o Khufu hacia 2800 a. C., y mide más de 450 pies de altura. Al sudoeste, y alineadas, están sucesivamente la segunda pirámide, construida una generación después por el rey Kefrén –la cual, aunque ligeramente más pequeña, da la impresión de ser mayor por encontrarse en un terreno más elevado–, y la del rey Micerino, notoriamente más pequeña, construida hacia 2700 a. C. Cerca del borde de la meseta, y al este de la segunda pirámide, con un rostro probablemente modificado para hacer de él un retrato colosal de Kefrén –su

real restaurador—, se alza la monstruosa Esfinge: muda, sardónica, depositaria de un saber anterior a la humanidad y al recuerdo.

En varios lugares se encuentran pirámides y restos de pirámides de importancia menor, y la meseta entera está acribillada de tumbas de dignatarios de rango ligeramente inferior al de rey. Estas últimas estuvieron señaladas originariamente por mastabas o construcciones de piedra en forma de banco alrededor de los profundos fosos funerarios, como se descubrió en otros cementerios ménficos, y de las que constituye un ejemplo la tumba de Perneb, que se encuentra en el Museo Metropolitano de Nueva York. En Gizeh, no obstante, todas estas cosas visibles han desaparecido a causa del tiempo y del pillaje, y sólo los fosos excavados en la roca, cegados por la arena o vaciados por los arqueólogos, siguen atestiguando su antigua existencia. Conectada con cada tumba había una capilla en la que sacerdotes y parientes ofrecían alimentos y oraciones al *ka* o principio vital del difunto, que jamás se alejaba del lugar de enterramiento. Las tumbas pequeñas tienen sus capillas en el interior de sus superestructuras de piedra o mastabas; pero las capillas mortuorias de las pirámides donde descansan los faraones son templos separados, situados cada uno de ellos al este de la pirámide correspondiente, y comunicados mediante un pasillo elevado con una imponente capilla-entrada o propileo, situada en el borde de la meseta rocosa.

La capilla-entrada que conduce a la segunda pirámide, casi enterrada en la arena arrastrada por el viento, se abre subterráneamente al sudeste de la Esfinge. Una persistente tradición la considera el Templo de la Esfinge,

quizá con razón, si la Esfinge representa efectivamente al constructor de la segunda pirámide, Kefrén. Existen en torno a la Esfinge inquietantes historias anteriores a Kefrén; pero fuera cual fuese su rostro anterior, el monarca le dio el suyo para que los hombres pudiesen contemplar el coloso sin temor.

Fue en el gran templo-entrada donde se encontró la estatua de Kefrén esculpida en diorita, de tamaño natural, actualmente en el Museo de El Cairo; una estatua que me dejó sobrecogido cuando la contemplé. No sé si han excavado ya todo el edificio, pero en 1910 estaba enterrado en su mayor parte y la entrada permanecía sólidamente cerrada durante la noche. Los alemanes estaban al cargo de las obras, que quizá fueron interrumpidas por la guerra u otros motivos. Daría lo que fuese –en vista de mi experiencia, y de ciertos rumores que corrían entre los beduinos, desmentidos o ignorados en El Cairo– por saber qué ha sucedido con cierto pozo que hay en una galería transversal donde se encontraron estatuas del faraón curiosamente yuxtapuestas a estatuas de babuinos.

La carretera que recorrimos en camello esa mañana describía una curva cerrada, dejando a la izquierda la construcción de madera del cuartel de la policía, la oficina de correos, el almacén de comestibles y las tiendas, y se adentraba hacia el sur y el oeste en una vuelta completa que remontaba la meseta rocosa y nos situó frente al desierto, a sotavento de la gran pirámide. Pasada la ciclopea construcción, dimos la vuelta por la cara este y nos asomamos a un valle de pirámides menores, más allá del cual centelleaba el Nilo eterno; al oeste temblaba el